

**“Dan las seis, sintonizo a los Stones , recuerdos del pelo largo”**. Añorada música que mi padre ponía en el radiocasete del antiguo Ford Fiesta Blanco matrícula de Bilbao. Arcaica y preciosa música. Maravilloso ritmo. Letra simple saliendo de un acelerado corazón encontrándose con un sísmico movimiento en un infinito laberinto de disipadas notas. Canción clásica dónde las haya interpretada por un grupo madrileño cuyo vocalista estuvo vinculado a la ciudad de Briviesca.

Efectivamente, dan las seis y suena la alarma del celular con un tono metálico e impersonal que más parece que desvela que no que despierta. Las soporíferas horas de sobremesa de un tórrido mes de Agosto ya han pasado entre frustrados sueños interrumpidos y sudores fríos, y llega la hora de ponerse en pie.

Me incorporo de un respingo sin dejar de oír en mi cabeza aquella dulce balada. **“... viejos blues, queridísimo Erick Burdom, oh, oh, oh...”**. Un pequeño vértigo atraviesa mi cabeza de oreja a oído y de oído a oreja. Una transitoria inestabilidad no me garantiza en absoluto una exitosa puesta en escena y me levanto de la cama sin saber muy bien qué me deparará la tarde. Tras levantarme sin tropiezo alguno me dirijo al baño a toda prisa para hacer sitio en la vejiga.

**“...Un sonido muy lejano, llega a mis oídos...”**. Mi cabeza intenta identificar aquel ruido chirriante mientras la micción comienza a ser imposible de nuevo. No debería dilatarlo más y tendría que acudir al médico cuánto antes para tratar ésta maldita infección de orina que lleva quince días destrozándome. Finalmente identifico el sonido. La vecina de Motrico ha vuelto. Ha venido a pasar las Fiestas de Nuestra Señora y San Roque con su hijo y ya está de nuevo arrastrando muebles, como todo buen vecino hace sin intención ninguna de molestar al de abajo. Mientras, mis esfuerzos por orinar me dan una pequeña tregua. De improviso surge un amarillento chorro de líquido cargado de urea. De nuevo vuelve a mi cabeza esa mítica canción de *Los Burning*. **“... y qué se yo, si estoy tan solo ...”**. Eso era cierto. Llevaba ya más de medio año separado de la que fuera mi mujer y la soledad se me hacía cada vez más cuesta arriba. No hubo discusiones por hijos ni por dinero pues no

teníamos ni una cosa ni la otra. Estaba solo. Terriblemente solo. Tan solo que últimamente acostumbraba a felicitarme yo mismo cuando hacía las cosas bien y por contra, los enfados eran monumentales cuando las hacía mal. Era duro tener siempre la responsabilidad y no tener cerca a alguien a quien culpar. Dicen que nadie es totalmente feliz hasta que no encuentra la soledad pero eso es algo que he dudado en bastantes ocasiones. No sé, quizá el tiempo dé la razón a quien apostilló aquella afirmación.

La última gota de aquel líquido salió y el ruido del choque del mismo contra el fondo del inodoro cesó. También había parado el ruido de los muebles arrastrándose como reptiles sobre el parqué del tercero D. ¡Qué alivio! Bajo la tapa del retrete y tiro de la cadena. Mejor dicho, aprieto el pulsador de simple descarga para que un torrente de agua se lleve por delante todo aquella inmundicia sobrante. ¡Qué tiempos aquellos en que se tiraba de la cadena después de defecar y parecía que estabas tocando las campanas por librarte por fin de aquel tremendo peso muerto! Seguidamente corro las puertas de la mampara dejando al descubierto la columna de ducha. Giro el grifo termostático y espero unos segundos a que salga el agua caliente. Mientras tanto, me desnudo y tiro la ropa al bidé desde una imaginaria línea de personal. ¡Camiseta va! ¡Canasta! ¡Un punto! ¡Calzoncillo vuela! ¡Canasta! ¡Otro punto! Ya no me quedan más tiros libres y me tengo que despejar aún de alguna prenda más. O me invento una regla nueva *in extremis* o me tendré que duchar con los calcetines puestos. El agua todavía viene fría y habrá que esperar un poco más para atreverse a entrar. De forma ilegal me quito los odiosos calcetines verdes que tengo pegados a las plantas de los pies y los tiro con desdén en un último tiro extra sin intención alguna de encestar en aquel improvisado y ovalado aro de porcelana. Con razón, ambos cometas chocan contra el borde duro de aquel aparato sanitario y caen al suelo estrepitosamente quedando muy separados el uno del otro. Por fin el agua llega templada. Me sabe mal haber desperdiciado tanta agua hasta que saliese a una temperatura apta para el baño pero mi madre me parió bastante aterido. Espero de corazón que AQUONA no se entere y no me corte el suministro pues son tiempos muy malos para el líquido elemento. Y los que vendrán. Configuro el altavoz *bluetooth* del plafón de la ducha y lo vínculo con mi

teléfono móvil. Tras ello sintonizo a *Los Burning* -“Una noche sin tí”-. Una mala conexión con *You Tube* desemboca en una insufrible interferencia algo parecida al ruido producido por mecánicos en huelga dando porrazos contra un bidón de aceite vacío de por lo menos 200 litros de capacidad. Salgo del *Happy Birthday You Tube* e inicio una aplicación determinada que alguien descargó en mi celular y que resulta que reproduce música en mp3 y una inmensa variedad de formatos. ¡Qué maravilla esto de la tecnología que todos disfrutamos y ninguno entendemos! Localizo una *playlist* toda de música en castellano y selecciono tres canciones coincidiendo con la duración de mi ducha diaria. Todas menos una, es decir, dos, son interpretadas por el gran Julio Iglesias junto a amigos. Supongo que los amigos que tenga este señor serán menos que sus euros. Dicen que quien tiene un amigo tiene un tesoro aunque no creo que este hombre eche de menos a los suyos. Entro por fin en el habitáculo diseñado para el aseo y las primeras gotas que mojan mi cabeza coinciden con las primeras notas que salen de aquel altavoz blanco. La primera canción con Don Plácido Domingo no tiene desperdicio. Mientras la lluvia de agua caliente cae sobre mi cabeza y hombros, mi boca comienza a salivar. No pensando en mi plato favorito sino en las dulces notas que empiezan a cosquillear en el tímpano. Mi voz se intenta adaptar rápidamente a esos tonos inciertos, de entrenamiento, de prueba, como si ellos estuviesen aclarándose la voz mientras la mía está fuera de sus límites. Aun así intento situarme a su misma altura en la angosta escalera musical mientras intento calmar a las beligerantes gotas de agua que van erosionando mi piel a la vez que la jabonosa esponja va por detrás curando las heridas. Comienzo por las axilas. Primero la izquierda. Luego la derecha. Paso directamente al cuello. La esponja amarillenta contornea todo el perímetro hasta dejarlo embadurnado de gel y enrojecido de tanto frotar. Nuestro amigo Plácido termina el estribillo con un profundo y grave sonido gutural que intento imitar abriendo de par en par la puerta del gallinero. Mi vecina Marian debe de estar flipando en colores si es que aún no se ha puesto los tapones para los oídos. Ella no lo sabe, pero la vi la semana pasada en la farmacia de Amadeo comprándolos. Vuelvo a untar a Bob Esponja del azulado gel que da color al transparente dosificador y me recreo dando brillo a mi impresionante carrocería. Parece que los años no han pasado por mí. Dejo de soñar y abro los ojos apartando la cabeza del relajante chorro. La canción

termina y Don Plácido se va por la puerta grande con las dos orejas y el rabo. Mi “*Shangri La*” está lleno de vapor y bajo un par de grados la temperatura en el termostático pues con tanta niebla no veo nada. Comienza a sonar “*Ella*”. Preciosa canción interpretada junto a *Sin Bandera*. Tras ahogar una vez más a Bob, le estrujo sin piedad y le hago soltar todo el jabón absorbido cual caracoles soltando mocos. Lo vuelvo a impregnar del gel azulado pareciendo más ahora un pitufo que una esponja infantil. Continúo la ducha haciendo un pase de modelos por las partes más nobles del chasis y comienzo a cantar melodiosamente. “... **Me cansé de rogarle, me cansé de decirle que yo sin ella de pena muerooo...**”. Confío en que mis muy mejores vecinos del piso colindante, J. y J., hayan salido a dar su paseo diario para que no tengan que soportar tan singular concierto. La esponja se entrelaza con los dedos de mis pies. Primero froto el derecho y más tarde el izquierdo. “... **pero ya estaba escrito que aquella noche perdiera su amor...**”. La canción termina mientras que de uno de los dosificadores salen dos enormes gotas de materia gelatinosa y aterrizan sobre mis manos yendo éstas a parar automáticamente a mí ya bastante despejada coronilla. Extiendo el champú por toda la cabeza y comienzo a frotar el cuero cabelludo dibujando círculos concéntricos a lo largo de todo aquel globo terráqueo, o mejor dicho, terrícola. Nico Borie, experto en “covers”, comienza a versionar en castellano la legendaria canción de *Gun’s and Roses* “*November Rain*” y mi garganta suelta un inaudible sonido agudo mientras el agua tibia aclara mi cabeza, y también mis ideas, lanzando el jabón hacia el suelo canalizándolo por invisibles toboganes. Termino de aclararme. La voz también. De instintiva maniobra cierro el grifo y aquella corriente de vida desaparece. Un impactante sólo de guitarra eléctrica me deja paralizado. Las notas entran en mis oídos como lo hacen las abejas en una colmena. Chorrean por mis tímpanos y se abren paso por las trompas de Eustaquio desviándose hasta el mismo centro del cerebro. De ahí bajan por la médula espinal hasta los dedos de los pies. Enganchadas a la mayor de las venas que devuelve la sangre al corazón entran en él como un verdadero ciclón. Atraviesan aurículas y ventrículos y lo rodean suavemente formando un maravilloso corro de las patatas alrededor de él. Poco a poco se van juntando y van cerrando el círculo acorralándolo y apretujándolo hasta conseguir que se pare. Que ni un latido se oiga. El tiempo se ha parado. Por mis mejillas resbalan saladas lágrimas que

no salen de mis ojos, sino de mi propia alma. Nada duele. Nada importa. Nada me perturba. Acabo de entrar en un indescriptible lugar sin puertas en el que raras veces he estado y en el que no a todo el mundo dejan entrar. He sobrepasado una vez más los límites del espacio infinito. Si de verdad existe una prometida y placentera eternidad tiene que ser como este lugar. La calma es total y la música ya no se escucha hasta que un eléctrico punteo enciende de nuevo la máquina y paso de encefalograma plano a constantes vitales estabilizadas. Mi corazón vuelve a la vida y me doy cuenta de que estoy temblando y prácticamente seco. Salgo de la ducha y me pongo directamente el albornoz mientras la hipnótica canción llega a su fin. Apago el altavoz y un incómodo silencio lo embarga ahora todo. Me echo hacia atrás el poco pelo que tengo y salgo del baño. Busco mi polo favorito entre el desorden del armario y lo dejo estirado sobre la cama al lado de los Calvin Klein blancos. Saco de la cómoda un par de calcetines negros y los tiro con desdén sobre el edredón. Los pantalones de pinzas no aparecen y me estoy poniendo nervioso. La hora se acerca y aún no estoy preparado. Creo que ni física ni psíquicamente. Vuelvo al baño. Cuelgo el albornoz verde y me aplico desodorante roll on en las axilas. Luego pulverizo mi distinguido perfume sobre gran variedad de puntos estratégicos y salgo del baño. Tapo mis vergüenzas con aquel bóxer blanco que espera sobre la cama. Seguidamente cubro los blancos pies con negros calcetines. Continúo con los pantalones. Pero, ¿dónde diablos están los pantalones? Me acerco hasta el tendedero de la terraza y allí tampoco están. No entraba en mis planes ir con otro pantalón que no fuera ese pero es posible que tenga que cambiar de idea. Queda algo más de media hora para la entrega de premios y sigo medio desnudo. Hago un último intento sobre el cesto de ropa para planchar. ¡Aúpa! Por fin aparece debajo de una montaña de arrugadas prendas. En un periquete lo coloco sobre la tabla de planchar y enciendo el centro de planchado. En unos minutos está todo listo para comenzar la *operación planchado*. Mi mano discurre rápida sobre la fina tela en un movimiento de vaivén hasta que por fin las arrugas huyen asustadas ante la metálica y amenazante apisonadora. Apoyo aquel enorme pisapapeles sobre el centro de planchado y me apresuro a enfundarme los pantalones. Todavía queman y un caluroso sofoco recorre mi cuerpo. ¡Cómo si el calor de este mes de Agosto no fuera suficiente! Comienzo a sudar abrasado como un pollo por el

intenso calor pero también por los malditos nervios que me ahogan. Había puesto toda mi ilusión en ese concurso local de relatos cortos y tenía las expectativas muy altas. Nunca había ganado nada y la verdad me hacía ilusión hacerlo. Creo que necesito otra ducha pero no hay tiempo para más. Corro a la habitación y no tardo nada en calzarme unos preciosos botines negros acharolados rematados por una prominente punta. Las tapas son de cuero y hacen un notable ruido a cada paso que doy. Vuelvo al baño y moldeo los cuatro pelos que tengo sobre la frente con una baba de caracol fijación cuatro. Tras quedar lindamente peinado termino de acicalarme y ya estoy casi listo para ponerme en marcha. Meto el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. Las llaves en el bolsillo delantero derecho y los kleenex en el delantero izquierdo. Finalmente, escondo la escueta cartera dentro del bolsillo del polo al lado izquierdo de mi pecho. ¡Parezco un portaequipajes andante! Cambio las gafas convencionales por unas de sol graduadas y ahora sí que, por fin, estoy preparado para salir. Poco a poco dejo atrás el vestíbulo tras abandonar mi casa dando un pequeño portazo. No acostumbro a hacerlo pero los nervios hacen que me comporte de forma algo irracional. Además, se la debía a la vecina de arriba. Me niego a bajar las treinta y dos escaleras que separan mi planta del portal y llamo al ascensor. Enseguida las dos puertas correderas se abren con un sonoro estruendo. Me subo rápidamente y le doy a la tecla cero. En pocos segundos estoy en el portal. El frescor del mismo se torna árido y pegajoso cuando salgo a la calle. Son las siete y el sol aprieta con ganas. De inmediato busco el camino por la sombra para avanzar más fresco hacia mi destino. Una cálida brisa del sur abrasa mi rostro. No recordaba un primer Domingo del mes de Agosto tan cálido como ese. El sol pica indiscriminadamente y a lo lejos se ven nubes negras que no auguran nada bueno. Sin darme apenas cuenta ya he llegado al antiguo mesón llamado *La Parada del Cid*. Entrañable negocio de restauración el poco tiempo que lo he visto abierto. ¡Qué fuerza tenía el nombre! Hasta el mismísimo Don Rodrigo Díaz de Vivar paraba allí a tomarse la mistela antes de ir a matar a insurgentes bárbaros. Una mistela o un *Sol y Sombra* de anís *El Mono y Espléndido Garvey*. Con eso no había moro que se le resistiera. Hasta el mosaico rojo de la fachada simula los litros de sangre sarracena que su espada Tizona había derramado. En fin, una pena que se fuera a Valencia y tuvieran que cerrar el

local. Continúo por la calle Duque de Frías, en otra época zona cero de la fiesta nocturna briviescana y ahora convertida en zona cero patatero. Paso por delante de la guardería. El ruido de mis botines se acrecienta a medida que acelero el paso. En nada llego a la puerta del Hospitalillo. Cerrada. No es de extrañar pues hoy es Domingo. El barniz que la cubre pide a gritos un inminente repaso. Esquivando una pequeña montañita de heces caninas que alguien se olvidó de recoger, llego a la vasta casa de los Alcocer. Ésta raya con la iglesia Santa Clara y acto seguido paso por el férreo enrejado esmaltado en negro que separa el bien del mal. La verdad es que no sabría asegurar en qué lado se ubica cada uno. Bueno sí lo sé pero me reservo la opinión pues no quiero herir sensibilidades. Una gélida corriente congela mi costado izquierdo mientras a mi nariz llega un profundo olor a vieja humedad. Si el tiempo tuviese olor sin duda sería ese. Me detengo por un instante para contemplar tan ingente cantidad de arte acumulado en tan poco espacio. Habiendo nacido y vivido siempre aquí, jamás me detuve a apreciar todo lo bueno y magnífico que este retablo tiene. Ni siquiera las decenas de veces que ayudé a la celebración de la misa actuando de monaguillo, eso sí, siempre bajo la intensa supervisión de *Manolillo*, sacristán de Santa Clara durante muchos años.

En cierta ocasión leí que es un retablo realizado en madera de nogal sin policromar y que lo denominan "*El Escorial de los Retablos*" debido a su singularidad dentro de su género. También leí que tiene una altura de 24 metros distribuidos en cinco pisos y tres calles, encajado perfectamente al ábside, dando una sensación de 3D cuando te acercas a él. En aquel documento que leí decía también que "*El Árbol de Jetsé*" (padre del rey David) es una de las escenas más llamativas y que se encuentra sobre el Sagrario. Del pecho de Jetsé sale un tronco ramificado en forma de árbol genealógico, mostrando en cada una de las ramas a un antepasado de Cristo hasta llegar a la Virgen y el Niño. En el cuarto piso se puede apreciar visualmente la "*Asunción de Nuestra Señora*" que es el motivo principal del retablo. A su derecha está Santiago el Mayor que porta en su pecho la concha de peregrino. Desde una perspectiva más cercana, cosa que yo ahora no puedo comprobar, se puede ver cómo se une la "*Asunción de Nuestra Señora*" con la de su Hijo que se encuentra en el quinto piso. Éste se inclina para colocar la corona a su

madre, a pesar de que ésta, la corona por supuesto, desapareció misteriosamente, y recibirla en su entrada al Cielo. En dirección a la puerta se vislumbra el coro que también cuenta con una bóveda principal y una sillería de la que no se aprecian los detalles pero que tiene setenta y dos asientos. Su órgano barroco tiene una sonoridad excelente y en fechas pasadas era utilizado por organistas de renombre para dar maravillosos conciertos.

Casi pierdo la noción del tiempo contemplando aquella obra de arte cuando un perro enorme y más feo que su dueño, se planta detrás de mí comenzando a ladrar insistentemente y dándome un susto de muerte. Lo mismo quería apreciar la belleza que escondía aquel lugar y yo le estaba estorbando. De la forma y manera en que están y en que vienen los tiempos no quiero arriesgarme a ir a la cárcel por no cederle el sitio por lo que, poco a poco y muy sigilosamente me voy alejando del lugar cruzando la adoquinada calzada y poniendo los pies en la acera de enfrente. En unos metros llego al patio de la Parroquia y lo atravieso sin dilaciones hasta cruzar por una pequeña puerta de hierro que me lleva directamente a la Plaza de Santa María. Aún faltan varios días para la inauguración oficial de las Fiestas de Nuestra Señora y San Roque pero la plaza está ya debidamente adornada con banderitas y faroles. Recorro raudo y veloz paralelo a la pared de la Iglesia el camino que me lleva hasta el escenario. Giro a la derecha y de improviso me topo con él. Algo no va bien. Algo no cuadra. Mis peores temores acerca de una posible tormenta se han cumplido. Y con creces. El lugar está vacío y sólo se ve a un pequeño grupito de personas cerca de lo que fue el antiguo cine. De repente un haz luminoso seguido de un tremendo estruendo hace acto de presencia provocando un terrorífico temblor en toda la plaza. Siguiendo el instinto, me cobijo bajo el escenario cuando espontáneamente comienza a llover de manera torrencial. El agua va solidificándose hasta convertirse en granizo. Éste golpea con fuerza sobre la tarima del escenario y parece que la va a astillar. La sucesión de rayos y truenos continúa durante unos angustiosos minutos que parecen horas. En el otro extremo del escenario se cobija también de la tempestad una simpática mujer vestida con vaqueros negros y una aurea camiseta de tirantes. Le pregunto el motivo por el cuál no hay nadie presente allí siendo la entrega de premios del V Concurso de Relatos Cortos Ciudad de Brivesca. Me responde

que, ante la previsión, parece ser que acertada, de tormentas, habían adelantado el evento una hora previa notificación a los participantes. Mi cara no puede esbozar más que una mueca de desencanto pues por lo menos a mí, nadie me había notificado nada. Antes de que esta encantadora muchacha rubia se montase en un Renault Megane color verde oliva que vino a buscarla, me dijo también que el primer premio había sido para un tal Miguel de Cervantes Saavedra y el accésit se lo llevó un tal Quevedo de apellido pues no se acordaba muy bien del nombre. Ahogado en mi derrota y luchando para sobrevivir a tan exiguo fracaso, mi cabeza se detiene unos segundos para pensar. Algo estaba haciendo mal ésta ciudad cuando un concurso de relatos organizado en ella, cuyo tema principal tiene que ser propiamente ella; premie a un ilustre erudito, reconocido y profesional manchego que domina a la perfección la sintaxis, el vocabulario y todos los estilos de escritura, eso sí, pero que nunca ha pisado Briviesca. Ni siquiera para entregar su relato pues lo ha hecho por correo electrónico. Es más, ni se presenta a la entrega de premios y ni intención que tiene de venir a recoger el mismo. – Os doy un número de cuenta y ya si eso me lo vais ingresando- Se valora el caché literario de un señor que no ubica siquiera a Briviesca en el mapa y no la ilusión de un convecino. ¿Acaso existe la pretensión de que este concurso se equipare con el Premio Planeta? No lo entiendo. Algún día, en un mundo soñado, ganará el concurso un briviescan@. Igual ocurre con el concurso del Cartel de Fiestas y cualquier otra competencia que se ofrezca. También ocurre con su equipo de fútbol. Sueñan con el ascenso a Tercera División para luego hacer una plantilla con el noventa por ciento de los jugadores de afuera y los de aquí tener que buscarse equipo cuando son perfectamente válidos para estar dónde están. Todos queremos comercios pero nos vamos a comprar fuera. Todos damos Brivibocados y nos ponemos como una Hidra de Lerna cuando hacen comentarios negativos del pueblo pero luego no hacemos nada para que el mismo sobreviva. Queremos que en nuestro tiesto salgan preciosas flores pero no que nadie nos moleste cuando hay que regarlas. El pueblo se muere. Cada día más. Lo estamos matando mejor dicho. *Entre todos la tenían y ella sola se murió.* Nos quejamos de la falta de servicios y cuando los teníamos no hacíamos uso de ellos. Este es un pueblo en el que se nada guardando la ropa y así nos va. Este pueblo es todo un *Expediente X*. Todo lo de fuera es mejor.

La auténtica realidad se puede resumir en que Briviesca es un pequeño pueblo con *aires de grandeza* cuando ésta nunca estuvo. Ni se la espera.

Aún no ha dejado de llover pero aparece algún claro en el cielo a pesar de que en el horizonte hay un gris negruzco que todo lo envuelve y que tardará generaciones en desaparecer. Subo al tablado convertido ahora en cadalso. Alzo la mirada al cielo y, mientras las últimas gotas de lluvia empapan mis mejillas, solamente me pregunto ¿por qué?